

**STEVE
MARTINI**
MASA CRÍTICA

Annotation

Joselyn 'Joss' Cole, abogada de oficio en los Ángeles, ha optado por una vida más tranquila en las islas San Juan (Washington). Joss no tiene allí clientes importantes, sólo un grupo de pescadores que sufren una grave y extraña enfermedad que los médicos no son capaces de diagnosticar y cuyas causas, según Joss, parecen tener un origen industrial, pero un día entra en su despacho Dean Belden, un hombre rico en busca de un abogado que le ayude a establecer un negocio en las islas, al cabo de poco tiempo Belden recibe una citación para comparecer ante el gran jurado federal, antes de que llegue a prestar testimonio, Belden muere en un accidente aéreo cuando el hidroavión en el que viajaba explota en el lago Union de Seattle.

Mientras tanto, en California, Gideon Janry, un experto en fisión nuclear del Instituto contra la destrucción masiva de Monterrey, descubre, aterrado que han desaparecido dos pequeños ingenios nucleares de unas instalaciones de almacenamiento de la antigua Unión Soviética justo en el momento en que iban a ser enviados a una compañía norteamericana, electrónica Belden, Gideon es incapaz de localizar esa empresa y su única pista es Joselyn Cole la abogada que constituyó la compañía, 'Masa crítica' es el relato de lo que puede suceder en un mundo donde el odio personal y la apatía pública se combinan para descorchar el genio, dormido pero mortífero, del terror nuclear.

STEVE MARTINI

Masa crítica

Traducción de Roger y Coca, Sofía Vázquez de Parga

Planeta, S. A.,

Sinopsis

Joselyn 'Joss' Cole, abogada de oficio en Los Ángeles, ha optado por una vida más tranquila en las Islas San Juan (Washington). Joss no tiene allí clientes importantes, sólo un grupo de pescadores que sufren una grave y extraña enfermedad que los médicos no son capaces de diagnosticar y cuyas causas, según Joss, parecen tener un origen industrial, pero un día entra en su despacho Dean Belden, un hombre rico en busca de un abogado que le ayude a establecer un negocio en las islas, al cabo de poco tiempo Belden recibe una citación para comparecer ante el gran jurado federal, antes de que llegue a prestar testimonio, Belden muere en un accidente aéreo cuando el hidroavión en el que viajaba explota en el lago Union de Seattle.

Mientras tanto, en California, Gideon Janry, un experto en fisión nuclear del Instituto contra la destrucción masiva de Monterrey, descubre, aterrado que han desaparecido dos pequeños ingenios nucleares de unas instalaciones de almacenamiento de la antigua Unión Soviética justo en el momento en que iban a ser enviados a una compañía norteamericana, electrónica Belden, Gideon es incapaz de localizar esa empresa y su única pista es Joselyn Cole la abogada que constituyó la compañía, 'Masa crítica' es el relato de lo que puede suceder en un mundo donde el odio personal y la apatía pública se combinan para descorchar el genio, dormido pero mortífero, del terror nuclear.

Título Original: *Critical mass*

Traductor: Vázquez de Parga, Roger y Coca, Sofía

©1998, Martini, Steve

©2000, Planeta, S. A.,

ISBN: 9788408034537

Generado con: QualityEbook v0.87

Steve Martini

Masa crítica

TÍTULO original: Critical mass

Steven Paul Martini, Inc., 1998

traducción, Roger Vázquez de Parga y Sofía Coca,
2000

Editorial Planeta, S. A., 2000

ISBN 84-08-03453-7

Este libro está dedicado a los hombres y mujeres de ciencia que trabajan, de manera altruista, para combatir los peligros de la proliferación nuclear, y en particular al pueblo ruso, que ha logrado, contra todo pronóstico, mantener en la botella al genio mortífero.

Tras la explosión, hubo personas en Hiroshima cuyas sombras quedaron impresas en las paredes de hormigón y en el pavimento de algunos edificios. Esas sombras pueden verse todavía. En cambio, algunos de los cadáveres que las causaron no se encontraron nunca, como si jamás hubiesen existido. Hay quienes han visto las sombras chamuscadas en el duro suelo y las han considerado meras curiosidades históricas, imágenes de una época que ha pasado. Si eso es lo que significan-para ellos, entonces estas personas son verdaderamente los ángeles de la apatía.

PRÓLOGO

Oeste de Cabo Flattery y estrecho de Juan de Fuca

EL *Dancing Lady* no era una belleza precisamente. Sus sesenta y tres pies de acero soldado chorreaban herrumbre por los lados como si fuera sangre seca.

La cubierta del elevado castillo de proa y la propia proa, de forma acampanada, surcaban las oscuras aguas situadas al oeste de la isla de Vancouver a una velocidad de siete nudos. Se subía a las olas para zambullirse después, esforzándose por abrirse camino en unas condiciones meteorológicas que iban empeorando rápidamente. La tripulación habitual, compuesta por cinco miembros, se había reducido a tres: Nordquist, que era el patrón; su hijo, y otro tripulante al que se consideraba como de la familia, y por ello trabajaba gratis.

La embarcación era un barco de arrastre con dos motores diésel diseñado para aguas profundas. En la cubierta de popa se veía un carrete de grandes dimensiones, que servía para recoger casi mil metros de red. Tal era el decorado de aquella travesía.

El *Dancing Lady* era un pesquero de fondo, embarcación muy corriente en aquellas aguas. Por eso la utilizaban. Nadie se fijaría en ella; ni siquiera la vigilancia aérea.

Se mecía en la cresta de las olas y luego bajaba. De las mangueras que movían su maciza botavara rezumaba fluido hidráulico, y uno de los motores necesitaba una revisión general desde hacía tiempo, pero Nordquist no tenía dinero para reparaciones. A pesar de hacer jornadas de dieciocho horas en aquellas frías aguas que entumecían los huesos y cubrían los aparejos de hielo, Nordquist se estaba quedando sin blanca. Su mujer hacía la compra en el eco-

nomato, y los plazos del barco habían vencido. Y sin embargo, el gobierno federal no hacía nada para impedir que los canadienses pescasen más de lo permitido al oeste de la isla de Vancouver. Habían acabado con las rutas de migración del salmón y por entonces se afanaban en coger todo lo que encontraban en el fondo del mar. Nordquist y sus compatriotas no podían recaudar fondos que les permitiesen poner en marcha campañas para sobornar a su propio gobierno y conseguir que entrase en acción.

Mir  por encima de la proa desde la elevada cabina del timonel. El motor de estribor seguía bajo de revoluciones. Nordquist tenía que esforzarse por mantener el timón firme en aquel mar cada vez más encrespado. Las olas se alzaban ante él como montañas amenazadoras que tan pronto aparecían como desaparecían. El oleaje empezaba a golpear el casco del *Dancing Lady*. El tiempo iba empeorando.

Su hijo, con la mirada fija en el oeste, trataba de encontrar el horizonte con los prismáticos.

— Oh, mierda!

El muchacho no necesitaba decir nada más.

Por encima del hombro, Nordquist vio una pared de agua de diez metros que se precipitaba sobre ellos por estribor. Gir  la rueda del timón hacia la derecha; treinta años de experiencia le indicaron que debía encarar la proa de la embarcación, como si de un cuchillo se tratase, hacia la enorme pared de agua. Ésta cayó en cascada alrededor de la cabina del timonel e hizo que el acero del *Dancing Lady* se estremeciese hasta la quilla. El barco pas  a través de la ola y salió por el lado contrario.

La ola había golpeado al muchacho y lo había hecho caer sobre la cubierta. Estaba all , sentado y lleno de asombro, mirando a su viejo y maravill ndose de la capacidad que éste tenía para concentrarse en cualquier ocasión, incluso ante el rostro de la muerte.

El *Isvania* era un barco viejo y oxidado, un residuo de lo que en otro tiempo había sido la poderosa flota pesquera soviética. Lo habían condenado al desguace el año anterior, pero como todo en la nueva Rusia, hasta aquello se hacía con retraso. Ésa era su última travesía, rumbo al cementerio de chatarra. Había cruzado el mar de Bering, abriéndose camino entre las islas Aleutianas y el golfo de Alaska, y luego había bajado siguiendo la costa canadiense. Las bodegas de proa y de popa iban vacías, excepción hecha de una pequeña carga de desechos. En la caja fuerte del capitán había documentos que transferían el título de propiedad del barco a un cementerio de chatarra en las cercanías de Bangkok. La tripulación era escasa; contaba con siete hombres. El barco sólo había hecho una breve escala en Prince Rupert, en la costa canadiense, para recoger una pequeña carga de maderos que en ese momento descansaban apilados en las cubiertas. Aquello era sólo una tapadera por si las autoridades costeras lo detenían y subían a bordo; la justificación para cruzar el mar de Bering y navegar por la costa americana. Las facturas de la carga indicaban que la madera se tenía que entregar en Oakland, aunque el capitán no tenía la menor intención de ir hasta California. Una vez que el *Isvania* dejase en su destino el verdadero cargamento, tirarían la madera por la borda. Y luego el barco pondría rumbo al suroeste, hacia el océano Índico, el lugar de su último descanso.

El timonel viró cinco grados a babor mientras el capitán, Yuri Valentok, forzaba los ojos buscando algo en el horizonte con los prismáticos. El *Isvania* hacía agua en la bodega delantera, por lo que cada vez avanzaba más despacio. Las bombas de achique tenían la situación controlada de momento, pero Valentok no sabía bien cuánto tiempo aguantarían. No veía ni una puñetera mierda por los prismáticos. Las gotas de lluvia, empujadas por el viento, aporreaban las ventanas del puente como si fueran balas. Sólo funcionaba un limpiaparabrisas, y casi no servía de nada. La

humedad y la espuma de las olas azotadas por el viento originaban una neblina impenetrable. Valentok apenas veía la proa de su propio barco. Y para empeorar las cosas, el radar se había estropeado. Ya no funcionaba cuando el barco zarp  de Vladivostok. En dos ocasiones se habían visto obligados a detenerse por miedo a chocar con otros buques. En medio de la niebla, ponían la sirena y confiaban en que cualquier barco ocasional pudiera detectarlos. El *Isvania* era como todo en aquel país que se desmoronaba: se hacía pedazos y no había dinero para arreglarlo.

Valentok llevaba también una hoja de ruta para otra carga adicional, pero aqu ella sólo había que usarla en caso de extrema emergencia, en el supuesto de que el barco se viese obligado a entrar en puerto. Aquella hoja de ruta en particular era falsa. Si se descubría el artículo, el capitán argumentaba que ignoraba la naturaleza del cargamento. Sin embargo, tenía serias dudas de que aquello pudiese funcionar con las autoridades americanas, sobre todo teniendo en cuenta la naturaleza de lo que transportaba. Debería responder muchas preguntas, y quiz a pasaría bastante tiempo en la cárcel.  Ser an las prisiones americanas mejores que las de Rusia?

Se acercó a las cartas de navegación que tenía sobre la mesa y se sujet  a las patas de metal del mueble. Comprob  la posición del barco una vez más. Si sus cálculos eran correctos, se hallaban exactamente a ciento doce millas náuticas al oeste del estrecho de Juan de Fuca, el paso hacia Puget Sound y la ciudad estadounidense de Seattle, que quedaba más allá.

El capitán del *Isvania* nunca había visitado Estados Unidos, aunque tenía amigos que habían navegado hasta all  hacía poco en un barco no muy distinto al suyo, una gabarra corroída por la herrumbre y lista para el desguace. Aquello se estaba convirtiendo en una práctica comente para los buques de pesca rusos. Pasaban por los trámites de la aduana y de inmigración, y en cuanto los funcionarios

americanos abandonaban el barco, toda la tripulaci3n, incluido el capitán, bajaba para empezar una nueva vida en una nueva tierra. Dejaban que los americanos se encargasen del desguace. Valentok pens3 que a él también le gustaría ir all  algún día, cuando todo aquello acabase; quiz a a Seattle.

Cuatro millas al este, en medio de una lluvia torrencial y un mar embravecido, Jon Nordquist agarraba el tim3n del *Dancing Lady* con mano firme. Utiliz3 su propio cuerpo como palanca para hacer frente a una ola gigantesca que pas3 junto al casco y se estrell3 contra el tim3n. La embarcaci3n se inclin3 lentamente a babor. Durante un instante, Nordquist pens3 que tal vez el barco no recuperaría el equilibrio; pero luego la nave, aunque poco a poco, respondi3 al tim3n.

—Ahí afuera se está poniendo todo hecho una mierda. No se ve un carajo. —Ben tenía la cara apretada con fuerza contra la mira cubierta de la pantalla del vetusto radar Furuno—.  C3mo demonios se supone que vamos a encontrarlo?

—Sigue mirando.

Nordquist le ech3 una rápida ojeada a su hijo y luego volvi3 la vista de nuevo. Otra ola, grande como una mont a, se cernía sobre ellos; a su lado, el buque de sesenta pies parecía una nave pequeña. El barco era como una cerilla en medio de una inundaci3n.

Las enormes olas originaban imágenes verdes en la pantalla del radar, como si fuesen islas que surgieran del fondo del mar. En el siguiente barrido del detector desaparecían.

—Podría pasamos por encima y ni siquiera lo veríamos.

Ben estaba asustado, y se le notaba. Había navegado en aguas agitadas, pero nada parecido a aquello.

La idea de una colisi3n ya le había pasado por la cabeza a Nordquist, pero había sido su hijo quien la había ex-

puesto en voz alta. É!, de momento, se sentía más preocupado por mantener el rumbo del barco y por la posibilidad de que mientras bajase de la cresta de una de aquellas olas con el morro hacia abajo, no fuera capaz de volver a sacarlo a flote. Había un millón de maneras distintas de morir en el mar.

—Nada. —Ben apretó más la cara contra la pantalla del radar hasta que la presión le produjo auténtico dolor en la frente—. Además, aunque los encontremos, ¿cómo demonios vamos a subir a este barco lo que ellos llevan a bordo?

—Cada problema a su tiempo —le dijo su padre.

Consultó el reloj. Sacó del bolsillo un objeto pequeño de plástico negro, no mucho mayor que una calculadora. Con los dientes extrajo la antena de siete centímetros y luego apretó un par de botones; se puso a esperar con un ojo puesto en el mar y el otro en el GPS que tenía en la mano. Aparecieron dos series de números, una encima de la otra, que indicaban la longitud y la latitud. Las unidades GPS de bolsillo no son tan de fiar ni tan exactas como otras más grandes que dependen de ordenadores fijos en los barcos, pero aun así no es probable que tengan un margen de error superior a unas decenas de metros. Si el barco ruso era puntual y no se había perdido, tenía que encontrarse aproximadamente a un cuarto de milla a estribor.

No se podían comunicar por radio. Era seguro que otros barcos captarían la señal, quizá la guardia costera. Ésta patrullaba las aguas hasta doscientas millas mar adentro, que era el límite de su jurisdicción. Tenía satélites y aviones, y los utilizaba para intervenir drogas y seguir el rastro a los barcos que llevaban cargamento humano con intención de depositar aquellas masas apretadas en suelo americano. No era probable que dos barcos en alta mar pasaran desapercibidos. Por ese motivo, se había ideado un cuidadoso procedimiento para liberar la carga y después recogerla. Pero ¿saldría bien en aquellas condiciones meteorológicas?

Nordquist no tenía ni idea. Nadie había previsto aquella jodida tormenta, la tormenta del siglo.

Dirigía el barco en medio del temporal.

—Todo adelante, despacio.

Valentok se sentía impaciente. Además, la carga que transportaba no era algo que desease tener a bordo ni un instante más de lo necesario. «Que lo encuentren los americanos», pens . Le habían pagado una sabrosa cantidad por transportarlo, pero entonces ya era problema de ellos.

Dio las órdenes oportunas para levantar la cubierta de la bodega de popa y mover la grúa hasta ponerla encima de la abertura. Envi  al segundo de a bordo a popa para que supervisara la operación y se quedó observando desde el ala exterior de estribor del puente mientras el gancho de carga se introducía en la bodega y desaparecía. Aguard  dos minutos mientras la ansiedad lo consumía. Le parecieron una eternidad. El gancho subió tras el cable de acero. Valentok lo vio. Sujetaba una pesada anilla de metal, de la que colgaba una red con tres grandes boyas. Todo el envoltorio se mejaba una bolsa cerrada con un cordón corredi- zo en la parte superior. Dentro de la red había un objeto envuelto en lona encerada. No era muy grande, más o menos del tamaño de una lavadora, aunque pesaba mucho dado su volumen; sin embargo, aquello no era problema para la enorme grúa de carga del barco. Lo levant  con facilidad por encima de la cubierta y lo movió, mientras se balanceaba, hacia la popa del *Isvania*. El objeto fue hundiéndose lentamente en el agua a medida que el cable descendía.

Valentok se encontraba de espaldas a la proa, observando la operación, cuando oyó un grito que procedía de la cabina del timón. Se dio la vuelta y, a la luz de un relámpago que cruzó el cielo, cada vez más negro, alcanzó a verlo. Deslizándose por la superficie de una ola que se les acercaba había un pesquero; el resplandor de la descarga

eléctrica se reflejó en los cristales de las ventanas del puente de mando.

—Todo a babor.

Valentok dio la orden de virar sin pensárselo, pero el barco todavía se encontraba en la parte profunda de la ola. El timonel no hizo preguntas, sino que se apresur  a girar la rueda.

El *Isvania* empezó a escorar hacia estribor. Se inclin  al mismo tiempo que la pared de agua verde y blanca le alcanzaba en la proa. Inund  la cubierta delantera y se estrelló contra las ventanas del puente, situadas a seis metros de altura; los vidrios saltaron por los aires como pedazos de metralla.

Una pared de agua de diez metros de altura barrió la escalerilla de babor y lanzó a hombres y maquinaria contra el mamparo, empujándolos por encima del costado del barco. Fluy  con fuerza, como las cataratas del Niágara, hacia la escotilla de la bodega de popa, que se encontraba abierta. Miles de toneladas de agua verde cayeron en cascada y se precipitaron hacia el vientre del barco.

Valentok se agarr  con fuerza a la barandilla, y eso fue lo único que impidió que el agua que se precipitó contra el barco lo lanzara por la borda. Como si fueran de acero, sus dedos se aferraron a la barandilla mientras tenía la extraña sensación de estar totalmente sumergido en el mar, de pie sobre la cubierta de su propio barco. Aguard  a que pasara la ola, y esper  durante una eternidad. Contuvo la respiración, hasta que le ardieron los pulmones, y finalmente comprendió que ni él ni el barco iban a salir a flote.

El barco zozobr  ante sus ojos. Se vio el destello de la quilla, llena de percebes, y las dos gigantescas hélices de bronce, que seguían girando mientras el barco volcaba. Luego, antes de que Nordquist tuviera tiempo ni siquiera de parpadear, el mar engull  el barco ruso.